



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

INDIRECTAS



—¿Quién es ése que te dice requiebros desde la mesita de al lado?
—Ese? Otro como usted. También venía el año pasado y *tampoco* tomaba nada.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Mi ocupación actual, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—Cómo perdona el poder, por Luis de Ansoarena.—Menudencias, por A. Alcalde Alejandro.—¡Pech! No la conocía, por J. Serrano de la Pedrosa.—Sin recursos, por Sinesio Delgado.—Libros.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Indirectas.—Pasión comprimida.—Una de tantas.—¿Qué miran ustedes? (cuatro viñetas).—En la casa de préstamos.—Luna de miel, por Cilla.



El calor arrecia y se dice por ahí que esto obedece á «que se le ha caído» una capa al sol.

Yo no sé qué capa será ésa, pero, de todos modos, debo hacer constar que el calor es insostenible y que aun las personas menos ardientes andan por ahí con la lengua fuera.

El mismo D. Francisco Silvela, hombre de temperamento frío, razonador y circunspecto, ha salido de sus casillas pronunciando un discurso vehemente, del que se viene hablando todos estos días.

Sólo el Sr. Cánovas del Castillo ha podido sustraerse á los rigores de la temperatura, pues hay quien le ha oído decir:

—Después del discurso de Silvela, me he quedado *tan fresco*.

**

Feliz él que, además de presidente del Consejo de ministros, tiene la ventaja de no sofocarse por nada de este mundo.

En cambio nosotros, los simples mortales, preparamos á toda prisa los bártulos para buscar en las playas portuguesas fresco y reposo.

Este año las corrientes veraniegas se dirigen hacia la patria de Camoens.

—¿Por qué?—preguntarán ustedes.

—Pues por una razón sencilla. Porque en Portugal la vida le sale á uno por una friolera. Allí, cualquier español insignificante puede darse tono de gran señor. Por poco dinero le dan á uno casa suntuosa, mobiliario elegante, servicio, escoba, consideración y *excelencia*.

¿Y los alimentos? Baratos y deliciosos. ¿Qué gallinas aquéllas! ¿Qué frutas! ¿Qué lenguados y qué congrios!

**

Salí uno de Madrid siendo un triste empleado de corto sueldo, ó un escritor mediano ó un segundo barítono de zarzuela, sin costumbre de recibir agasajos, ni tratamiento, ni saludos respetuosos, y llega á cualquier playa de Portugal.

En la estación del ferrocarril habrá siempre un bañero cariñoso y humilde que se acerca al carruaje y pregunta al recién llegado con la mayor cortesía:

—¿Vosa *excelencia* desea una casa para vivir?

En cuanto se oye uno llamar «*excelencias*», siente una satisfacción que no se parece á ninguna otra.

—¿Oyes, Mariquita?—dice á su esposa.—¡Me han llamado *excelencia*!

—¡Qué finos son estos bañeros lusitanos!—replica la esposa, reventando de orgullo.

Y sin más molestias ni incomodidades ni avisos previos, baja uno del coche, entrega las maletas al bañero, se sacude el polvo del camino, bebe agua, si tiene sed, y se va á buscar una casa de alquiler buena, bonita y barata.

Esto se consigue con gran facilidad, pues abundan las habitaciones, y además los caseros no se parecen á los que aquí padecemos todo el año. Aquellos son amables y bien parecidos.

Ya en posesión de la casa, lo primero que hace el bañista es pensar en la alimentación sana y copiosa, y pregunta al bañero:

—¿Hay aquí pollos?

—Muitísimos—contesta él.—Aquí yámanse *frangos*.

—¿Frangos? ¿Y cómo llaman ustedes á los pichones?

—*Borraxos*.

El bañista se muestra sorprendido; pero vencida su natural admiración, compra «frangos» y «borraxos» y se los come con delicia, diciendo para sí:

Gracias á Dios que tengo el gusto de conocer á los pollos personalmente.

**

Antes el viaje á Portugal era incómodo y pesado. Á las nueve de la mañana salía uno de la estación de las Delicias bañado en sudor, y no se secaba hasta las nueve de la noche, hora en que llegaba el tren á la frontera portuguesa.

Durante el día viajaba uno por Extremadura, donde la mayoría de los pájaros mueren de insolación y donde las mulas se vuelven locas, porque se les derriten los sesos.

Ningún viajero se atrevía á bajarse en las estaciones del tránsito, temiendo la combustión espontánea, y se daba el caso de que el agua del botijo rompía á hervir dentro del coche.

En fin, se necesitaba poseer una gran abnegación para soportar un viaje de doce horas desde Madrid á Valencia de Alcántara.

Ahora...

Punto y aparte.

**

Ahora el tren sale de la estación de las Delicias á las siete y media de la tarde. La Mancha y Extremadura se recorren de noche, y á las seis de la mañana el tren entra en Portugal, el país fresco por excelencia. Mucho más fresco que Cánovas.

Además, el precio del viaje no puede ser más económico: por 85 pesetas le dan á uno un billete de ida y vuelta en primera clase, por 45 uno de segunda y por 28 uno de tercera...

*Atre, palomita, el pico
y pide más, si más quieres.*

**

De modo y manera que yo me voy á Portugal este año; pero no á Figueira da Foz (que no se encierra Portugal sólo en Figueira), sino á La Foz sola, playa lindísima inmediata á Oporto, donde abundan los bañistas españoles y las merluzas.

Mientras llega el dulce momento de abandonar á Madrid, me propongo permanecer alejado del mundo y sus pompas.

Por consiguiente, el que me necesite puede buscarme en esta su casa, donde vive con el agua al cuello su seguro servidor

Luis Taboada.

*

Mi ocupación actual.

INTIMIDADES LÁCTEAS

Como he estado de parto, hoy, por encargo suyo, Sinesio amigo, busco nodriza, no puedo esta semana que es como si me dieran cumplir contigo. una paliza. No es que yo haya librado. Quiere criar la madre, precisamente, y esto es plausible; porque en los hombres eso mas por falta de ensayo no es lo corriente; no la es posible. es que tengo un hermano. Tampoco una vecina cuya señora que tiene un nene quiere darnos un trago (que vive bajo el piso de lo que tiene, de lo que tiene, y está fuera de cuenta y hemos hecho al portero desde el invierno)... proposiciones... ha soldado del propio pero, como él es guardia y está en funciones, clantro materno en la calle á la pobre una niña que viene recién nacida con los calores no podrá darle el pecho pidiendo comestibles á sus mayores. cuando lo pida. Y yo, que me he propuesto, En vista, pues, de tantos como es debido, inconvenientes, auxiliar á la madre, hice ayer un esfuerzo por mis pacientes, y á su marido.

por mis pacientes,

y mi casa vi llena
de amas de cría.
¡Chico, vaya un desfile!
¡Qué algarabía!
La más guapa de todas
era baturra,
mas su leche debía
de ser de burro.
Otra no se ha quedado
porque es muy chata,
y tiene esparavanes
en una pata.
Otra exige diez duros
y la muy... lista,
quiere precisamente
que yo la vista.
Otra por diez pesetas
nos da su savia...
si coloco á tres primos
que tiene en Pravia.
Otra ha hablado conmigo
muy secamente,
y tomar ama sica
no es conveniente.
Todas, en fin, son causa
de mis desvelos,
y est y ya de nodrizas
hasta los pelos.

¡Si hasta dado que sean
seres humanos!
Tanto, que he de decirles
á mis hermanos
que la chica me entreguen.
Yo, nada exijo.
¡Yo te la iré criando
con un botijo!
Y mientras la chiquilla
no esté criada...
¡dispénsame, Silvela!
¡no escribo nada!
Yo te haría un romance,
ó una dolera
Pero en este momento
la niña llora.
Del botijo licante
busca el pitorro,
y voy á ver si quiere
beber á chorro.
Estas son chifladuras
de un nuevo tío,
y te las cuento todas,
amigo mío,
para que no me pidas
verso, ni prosa.
¡Cuando venga el destete
será otra cosa!

Juan Pérez Zúñiga

* PALIQUE

Cuán bienaventurado
aque! puede llamarse...

que no necesita leer el discurso del Sr. Silvela...
¡Oh, sí! ¡Qué placer el mío al ver aquellas columnas de prosa
cerrada sobre sí misma, aquel coro redondo de prosa parlamentaria
y constitucional, y poder exclamar con legítimo orgullo: Soy
libre, independiente; en mi aurea mediocritas (aurea, no; pero en
fin, mediocritas en calderilla) puedo prescindir de leer este farrago
de jurisprudencia lóbrega; y, naturalmente, prescindo con una vo-
luptuosidad olímpica!
¡Cánovas, el gran turco, tiene que leer el discurso de cabo á
rabo, para saber con qué bueyes ara, si son ó no trapas las floren-
tinas puñaladas del enemigo!
Sí; de fijo, Cánovas leerá el discurso.
No es él bastante genio... para mandarle á Morlesín leerlo para
sí, prohibiéndole hablar de semejante cosa.
Un verdadero dictador, un grande hombre verdadero, tendría
ese rasgo: no leer á Silvela.
Y si España fuese un pueblo viril, no lo leería nadie.
Aquí del general no importa.
En resumen: ¿qué quiere Silvela? Suceder á Cánovas, y le es-
cribe su proyecto de testamento ológrafo!
Pero el otro no será tan bobo que lo firme.
Si cuando Jesús dijo á los que querían matar á pedradas á la
mujer adúltera
—El que esté sin culpa que arroje la primera piedra,
Silvela hubiera estado presente, ¡menuda pedrada del Sr. Silvela
se hubiera llevado la mujer adúltera! No porque Silvela estuviera
sin culpa, sino porque este señor con estas pedradas mata dos
adúlteras de una vez; acaba con un rival y se da tono de inocente.
Esa es toda la política de Silvela: tirar pedradas á la mujer
adúltera, y... promiscuar como cualquier hijo de vecino.
¿No sabe Silvela el cuento de Fleury?
—Voy á casarme— decía uno.
—¿Es guapa la futura?
—No.
—¿Rica?
—¡ampoco. Es muy moral.
—Pues, hombre, para eso, compra un Fleury y .. cá-ate con él.
El país, antes que con Silvela se casará con el Fleury, cuya mo-
del es más clásica y más segura.
Silvela, diga él lo que quiera, es un Romero Robledo... sin
humo.
Romero nos sirve la injusticia en decretos; Silvela en pildoras.
Créame el despejado D. Francisco: nos ofende creyéndonos tan
tontos.
¿Cree él que creemos nosotros que él cree en las sagradas for-
mas... constitucionales, y en el respeto místico que se debe á la
iniciativa regia y demás tiquis mi quis del sport anglo-parlamen-
tario?
¿Qué tiene que ver el bien del país con todas esas triquiñuelas?
Es lástima que Silvela no lea este artículo, por publicarlo MA-
DRID COMICO y firmarlo Clarín; pero si lo leyese puede que se
desengañara de que nos está engañando, al considerar lo que
sigue.
Toda la comedia política de este político es inútil! hace muchos
años.

Desde que todo el mundo sabe lo que los conservadores empe-
zaron por decir en secreto:
Que Silvela nunca será el jefe, porque es muy antipático, muy
egoísta.

No le dé vueltas; nunca podrá hacer un gran partido.
Nació segundón y segundón muere.
Romero tiene sombra; Pidal tiene clero, sombra también; Silve-
la no tiene ni la sombra del pino.
¿Cómo quiere Silvela aparentar unión patriótica, si la unión es
con aceite y Silvela es un puro vinagre?
En fin... que tengo mil argumentos para no leer el discurso de
Silvela. Volupté! que diría Ladevese.

Clarín.

* PASIÓN COMPRIMIDA



—Quedamos en que en cuanto ella entre en el palco vas y la entregas el
monito.
—Y de parte de quien?
—Dices que es de aquel joven con toda la barba que la pedicó el asiento en el
banco de Chamberí el día 27 de Agosto del año pasado.

* CÓMO PERDONA EL PODER

I
Cuatro locos, sin plan para su empresa
ni medios de vencer,
ansiosos de cambiar el rumbo ingrato
de la suerte cruel,
levantáronse en armas... no sé dónde,
para el caso es igual,
y, haciendo esfuerzos por romper sus grillos,
gritaron: —¡Libertad!
No dije... no eran nadie, y el gobierno
sin lucha los venció,
y como, faltar de poder, los pobres
no inspiraban temor,
sonriendo, á la reina los ministros
le dijeron así:

Una de tantas.



¿La ven ustedes con esa carita de ángel y esa mirada dulce? Pues es la destinada por la Providencia á poner en circulación algunos millones que corrían peligro de quedar estancados. ¡Dios la bendiga!

—Nada pasó... Son tontos y son débiles...
¿Qué hacemos?... Decidid...
Y, tomando también el caso á broma,
dijo su majestad:
—Si no tienen poder... ¿qué hemos de hacerles?...
¡Pues dejarlos en paz!—
Y á solas en su cámara la reina,
—¡Que vivan!—murmuró—
No han de hacer daño... ¡Y, además, el trono
se afirma en el perdón!—

II

Era su majestad bastante fea,
y á nadie ha de extrañar
que, mujer ante todo, lamentase
desgracia tan fatal;
y que, amando á su esposo con locura
sufriera mucho al ver
que el rey consorte se apartaba de ella
con tedio y con desdén.
Pero sentía la infeliz señora
tan entrañable amor
que, aun viéndose olvidada por su esposo,
guardaba una ilusión;
y esperaba que el cielo, conolido
de su suerte cruel,
al cabo hiciere que el amor brotase
del corazón del rey.
¿Escuchó Dios sus súplicas acaso?
¡Quién lo puede decir!
Lo cierto es que, con júbilo creciente,
la soberana al fin
notó que la mirada de su esposo,
cambiando de expresión,
se hizo más dulce y se clavaba en ella
con interés mayor;
y que los labios del consorte augusto,
cerrados sin piedad
tanto tiempo, al hablarle se entreabrían
con sonrisas fugaz...
Y, contenta del cambio que observaba,
sintió aumentar su fe
la reina fea, que su trono diera
por el amor del rey.

III

Llegó al país una mujer hermosa,
y al punto de llegar
todos los cortesanos alabaron
su espléndida beldad.
¡Qué ojos! ¡qué cabellera! ¡qué cintura!
¡qué manos... y qué pies!...
y, en fin, tanto dijeron, que el rey quiso
admirarla también.
Y á poco vió la reina que su esposo
la huía con horror,
y que aquella esperanza de un instante
fué sólo una ilusión.
Y, al tanto de la causa del desvío
manifiesto del rey,
agarrada á su amor con alma y vida
le quiso defender.
¿Cómo?... Los celos la volvieron loca,
la arrastró el frenesí...
Vió ante su amor una mujer... La reina
la condenó á morir...
Y, dictada sentencia tan injusta,
á solas murmuró:
—Tiene poder... Me vencerá si vive:
¡que muera es lo mejor!

Luis de Ansorena.

Menudencias.

I

—¡No! ¡por tu honor!—me suplicaste loca;
pero, aturdido, te besé en la boca.
—¡Por tu madre!—dijiste, y reverente;
bajé la vis a y... te besé en la frente.

II

Algo soberbia al verte tan hermosa,
te admiras y hasta pecas de orgullosa,
porque para alcanzarte yo no lucho;
no esperes que amoroso te reclame;
el mundo enseña mucho
y hay cosas que les sabe el menos dacho:
si eres de ley, vendrás sin que te llame.

III

Puedes creermme, hubo un día
en que yo te quise tanto,
que con pena me decía:
¿Por qué no seré yo un santo?
Hoy tus burlas adivino,
y me encuentro tan bolonio
que, créelo, me recrimino
por no haber sido un demonio.

IV

Hasta aquí, tu hermosura,
atrincherada en tu pudor, espera;
mas si algún día dejas de ser pura,
¡qué dichosa va á ser la criatura
que tome la trinchera!

A. Alcalde Alejandro.

¿QUÉ MIRAN USTEDES?



—El cartel anunciando los ejercicios de las nadadoras. ¡Ay! así debían ser todos los carteles: amenos é instructivos.



—El porvenir incierto, porque las mujeres ricas han dado en la flor de no hacer caso de los buenos mozos.



—A aquel señor de la verruga en la nariz y el brillante en la corbata, á ver si consigo que me guste más el brillante que la verruga.



—A cualquier parte menos el uno al otro. Porque estamos el otro del uno hasta la coronilla.

¡Pchs! no lo conocía...

Á Andrés Buesga.

No tienen ustedes idea de lo calaverones que éramos los estudiantes de medicina el año 1872.

Una cosa horrible. Pagábamos á la patrona por adelantado, ganábamos el curso, volvíamos á casa con las mismas prendas de ropa que habíamos sacado de ella, paseábamos por el Retiro, hacíamos versos á la luna, íbamos al relevo de guardias de Palacio... Los hubo que se casaron con la patrona y tuvieron familia; todo por pura calaverada. Eramos atroces.

Como si esto no fuera bastante, nos constituimos unos cuantos en tertulia en el café de Zaragoza, y allí se desbordaron las imaginaciones y tembló el orden social.

Apenas desdoblábamos *La Correspondencia* ya habíamos degollado la charada; después á disputar de política, á comentar la última corrida ó el último estreno (que ya entonces se parecían mucho ambas cosas); á eso de las once ya estábamos averiguando si teníamos alma ó chaleco de franela; unas noches que jaba el alma encima (porque uno de nosotros, que estudiaba para boticario, había leído el *Kempis* y Dios no podía con él, y otras noches llevaba el alma la peor parte y salíamos todos asustados de ser materialistas; y, por último, para ponernos de acuerdo en algo, se hablaba de África con el calor y el entusiasmo de españoles legítimos que saben, como todo el mundo, que nuestro porvenir está en África. Sobre esto no había la menor duda.

Y es que todos nos sentíamos bastante mahometanos, por ciertos toques de la religión musulmana que no hay para qué explicar, y menos aún tal como nosotros lo imaginábamos.

Debo advertir—porque ésta era la causa de que hubiéramos elegido la segunda mesa de la derecha—que en la próxima tomaba café con media tostada una zapatera guapísima de la calle de la Magdalena, á la cual acerbillábamos á miradas lanzadas con disimulo, porque, cualquiera que fuese el resultado de la discusión, estábamos siempre conformes en que el zapatero tenía mucha alma.

Pero en cuanto al zapatero se le caía la sopa en el vaso y acudía con los labios á pescarla... ¡buena poníamos con los ojos á la zapatera! Si el magnetismo hiciera bailar las mesas; aquella mujer se habría arrancado una noche con un *can can* de la infantil.

Entremos en materia.

Como nosotros no habíamos inventado el café de Zaragoza, ni habíamos sido sus *Tubales* ni sus *Jafetes*, no pudimos evitar que nuestra mesa tuviera un abonado más antiguo que nosotros, hombre de unos cuarenta años que declaró desde la primera noche que ni él nos estorbaba ni nosotros le estorbábamos. Vestía con cierta ordinareiz que nos pareció avaricia, se llevaba los terrones de azúcar, nos llamaba infelices, estaba siempre impasible, no tomaba partido en nuestras disputas y, para decirlo de una vez, nos daba tres patadas en la boca del estómago.

Por lo mismo que no tenía instrucción ninguna, todos, al discutir, tratábamos involuntariamente de ganar su opinión; á él volvíamos la cabeza, sin darnos cuenta de ello, al lanzar el argumento de más fuerza; y se puede decir que presidía la discusión sin entender una palabra del asunto. Luego nos llamaba borriquitos á todos, nosotros le devolvíamos la franqueza y nos vengábamos viéndole cada día más antipático y más odioso.

Una noche llevó no sé quién la noticia de que nuestro cátedrático de anatomía acababa de morir. En aquel punto murió también la disputa política; nos quedamos tristes y mudos, pensando que aquel sabio, á quien tratábamos con cierta familiaridad, de quien esperábamos una buena nota y de cuya fama europea estábamos orgullosos, había venido á ser un pariente nuestro. El tiempo que su salud reclamaba para el descanso lo invertía en darnos una clase gratuita en su casa; verdaderas preciosidades anatómicas, compradas en París á peso de oro, las ponía en nuestras manos durante la explicación, y como había entre nosotros muchísima afición al estudio, no faltaba quien se las llevara en el bolsillo, sin que el buen señor se enfadara; era, en fin, un sabio y un bendito.

—¿Qué les pasa á ustedes?—nos preguntó, al tomar asiento, el hombre antipático.

—Ha muerto D. Fulano—le dijimos.

El hombre apartó el platillo del azúcar y echando hacia atrás la caps, contestó:

—¡Pchs! no lo conocía...

No le dimos un par de bofetadas porque no se dan esas cosas siempre que hay motivo; pero en nuestros semblantes se pintó el horror y el desprecio que aquel animal nos inspiraba.

Entonces recordamos que no era la primera vez que comentaba así la noticia de un fallecimiento.

Ya en otra ocasión nos había disparado aquella estupidez; y por si lo dudábamos, pocos días después volvió á soltarla, al leer nosotros en *La Correspondencia* la muerte de un pintor célebre, del infortunado Rosalés.

—¡Pchs! no lo conocía...

—¡Como que no era veterinario!—exclamó uno, echando fuego por los ojos.

El antipático apagó aquel fuego súbitamente con sólo mirar de

arriba abajo al muñeco, y después de una pausa que nos pareció muy larga porque estábamos conteniendo el aliento, dijo con la mayor indiferencia:

—Yo me curo solo.

Aquello acrecentó la antipatía. Nos había humillado, nos había hecho sentir el miedo, y para mayor vergüenza, disparándonos el odioso. «¡Pchs! no lo conocía...» cuantas veces pudo.

Una noche faltó el antipático.

El mozo del café nos dijo que á aquel señor se le había muerto su madre.

¡Oh perversidad de la infancia! Uno de nosotros propuso recibir la noticia, cuando él mismo nos la diera, contestando todos á coro:

—¡Pchs! no la conocíamos...

Nadie se avergonzó de aquella pronación; antes, por el contrario, envidiamos al bárbaro preopinante.

Pasaron ocho días, y nuestro hombre se presentó en el café vestido de luto.

Codazos, miradas, pisotones, todo de puro lujo, porque ninguno había olvidado la consigna.

—Señores, buenas noches.

—¡Hola! ¡Usted por aquí! ¿Qué tal?

—Bien, gracias.

Y no dijo más.

Le sirvieron el café y comenzó á tomarlo.

La frase se enfriaba.

El más impaciente dijo:

—Ya sabemos que... se le ha muerto á usted su madre...

Y le atajó el antipático diciendo:

—¡Pchs! No la conocía...

F. Ferraz de la Pedraza.

26 Octubre 96.

★

EN LA CASA DE PRÉSTAMOS



—Pero, hombre, ¿y voy á dejar yo una estaja que es recuerdo de familia, por cinco miserables pesetas?

—Le advierto á usted que el dato que le voy á dar á usted también es recuerdo de familia...

★

Luna de miel.



—¿Te gusta á ti ir solita en el tren con tu maridito?
 —Sí. Pero tengo miedo.
 —¿Por qué?
 —Por la falta de costumbre. Cuando me case otra vez, ya no me dará tanta vergüenza.

Sin recursos.

¡Malhaya amén! ¡Malhaya
 la inquieta vida,
 siempre agitada, siempre
 comprometida,
 que agosta los afectos
 y las pasiones
 y mata á desengaños
 las ilusiones!
 ¡Malhaya el que batalla
 constantemente
 y ante el destino nunca
 dobla la frente!
 Porque, aunque al fin y al cabo
 venza al destino,
 se habrá dejado el alma
 por el camino!
 Puede ver sus desdichas
 indiferente;
 puede fingir, si sabe,
 que no las siente;
 puede tomar un baño
 de escepticismo,
 siempre sereno y firme,
 siempre lo mismo...
 Pero si se presentan
 las ocasiones
 en que hacen tanta falta
 las oraciones,
 cuando se necesita
 pedir paciencia,
 ¡la que sólo concede
 la Providencia!
 la plegaria en los labios
 tiene un tropiezo:
 que á la ingrata memoria
 no acude el rezó.

Y en el terrible trance
 de la agonía
 sólo se dice: ¡Ay, Virgen!
 ¡Virgen María!

Velando á mi pequeño,
 que está en la cama
 con fiebre abrasadora
 como la llama,
 mirándome en sus ojos
 adormecidos,
 partiéndoseme el alma
 con sus ojitos...
 ¡toda mi fortaleza
 se viene abajo
 aunque costó adquirirla
 tanto trabajo!
 Pienso que tal suplicio
 se trocaría
 en resacaada y tierna
 melancolía
 si yo rezara mucho,
 ¡mucho y de veras!
 encontrando esas frases
 dulces, sinceras,
 que arriba repercuten
 en lontananza,
 trayendo el lenitivo
 de la esperanza...
 Pero ¡ay! que en la pelea
 no interrumpida
 se pierden los recuerdos,
 todo se olvida,
 y aunque á Dios pido auxilio
 como cristiano,

como no rezó... creo
 que pido en vano.
 Quiero junto al pequeño
 pasar las horas
 murmurando plegarias

conmovedoras,
 y repito con terca
 monotonía:
 «¡Salva á mi niño, Virgen!
 ¡Virgen María!

Sinesio Delgado

LIBROS

Los crímenes del carlismo. — Se ha publicado el folleto 3.º, de cuyo contenido puede juzgarse por los títulos de los capítulos: Prisioneros muertos de hambre. — El prior de la Calzada de Calatrava. — Un cura infame. — El canónigo Tristany. — Asesinatos en Puertollano. — Saqueo de Liria y asesinatos. — Saqueo de Chiva y asesinatos. — Saqueo é incendio de Alcofisa. — Robo y destrucción de Montalbán. — Destrucción de Soneja, robos y asesinatos. — Env. nenamientos en Pinos, etc., etc. Cuesta, como los anteriores, 15 céntimos.

El extraño, novela de D. Carlos Reyies. Forma el segundo volumen de la serie que con el título de *Academias*, ensayos de modernismo, se propone publicar su autor. El cual revela, por de pronto, un gusto exquisito y un admirable instinto de observación. Precio, una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Esteban. — Tiene una filosofía tan profunda, que no se entiende á tres tirones. Y ¿qué ha querido usted decir con aquello de «sin tener del avaro la afonía?»
 ¿Es que la falta de voz es requisito indispensable de la avaricia, por casualidad?

Sr. D. D. O. — El final es de un humorismo completamente trasnochado. Lo de llamar á la atmósfera *pitoresca* es, en cambio, completamente nuevo.

Sr. D. S. A. — Muy viejo y sin gracia. ¡Qué se le ha de hacer!

Regallos. — Las cuatro quisicosas resultan demasiado candorosas.

Sironi. — No, señor; aquella respuesta no era para usted. Lo de hoy es bastante mediano. Pádiere decirse que es malo, apurando un poquito...

Sr. D. C. D.—¿Que ha visto usted otros peores? ¡Ay, no! Peores que éste no se han hecho nunca endecasílabos:

«Exclamé: el verdadero amor sólo se gana...»
¡Porque eso no es verso! ¡Es un kilómetro lleno de letras!
La madre abadesa.—No está mal versificado,
pero ese cuento baturro
le saben hasta los niños
que ayer vinieron al mundo.

Sr. D. A. S. C.—Tiene usted que fijarse y estudiar mucho antes de escribir nada publicable, á juzgar por las muestras. Se lo digo á usted como lo siento.

Sr. D. F. M.—Participo á usted exactamente lo mismo. Por ese camino no se va á ninguna parte.

«*La manda!*»—No, no se moleste usted. Ni busque usted apellidos como el de *Malasa* para aconsejantar con *masa*, porque así versifica cualquier niño pequeño.

Sr. D. M. N.—Es la inocencia *personificada*. Y aquello de «alguna escena mezclada con espanto» ni es verso ni es castellano precisamente.

Artagnan.—El asunto es de suyo antipático, y no está relatado con interés; además, el estilo es un tantico adocenado y pedestre. Le doy mi opinión franca y sincera.

Gurriato.—¡Demontre! Es la primera vez que veo confundir la *hambría* con el *hambre*. Sr. Gurriato, ¡por Dios! que no son sinónimos, aunque ponga usted una hache donde no debe.

Sr. D. A. R.—Un poquito vulgares. Ese es su único defecto.

Sr. D. F. U.—Mídanos bien para que no nos salgan los versos cojos.

Sr. D. H. M.—También adolecen del defecto de la vulgaridad, ni más ni meno; que las de D. A. R.

El chiquito de Valladolid.—Voy á publicar aquí las dos cosas:

«Pues señor, en junio estamos
un mes de mucho calor
y de muchas calabazas
que le dan á uno sin... compasión.»

Antonia se llamó mi madre,
Antonia se llamó mi suegra
Antonio me llamo yo
y Antonia mi mujeruela.»

Ahora, para convencerse, oiga usted las opiniones de los que lo lean, y si hay alguno á quien le parezca de perlas... siga usted trabajando.

Sr. D. F. S.—Sigue muy endeble la forma. El romance carece de rotundidad y... hay algún que otro consonante que no debe serlo.

Tir.—Lo mismo escribe usted ahora que cuando era muchacho ¡y entonces parece que lo hacía mal adrede!

Sr. D. M. F.—¡Ah guasón, admirador de Natural!

Sr. D. A. R.—Asuntos viejos, mala ortografía...

«Y poesía? ¡No, no hay poesía!»

Sr. D. V. G.—¡Compádre! ¡Vaya un soneto que dedica usted á Taboada! ¡Le iba á hacer el mismo efecto que el cohete de antaño!

Sr. D. J. R.—Todo es muy mediano. ¡Macho! Vaya, que no se dice en quince días lo mediano que es todo.

Sin novedad.—Lo siento mucho, pero... ya sabe usted que no podemos admitir artículos.

El nene.—La mamá ha querido darle á usted una broma y usted ¡ha querido dármela á mí, y yo no quiero dársela á los lectores. Porque, ¡para bromas estamos con la situación política!

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MECEDORAS, SOFÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 2 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

CUENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO O. PICON

Precio, 3,50 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 28 pesetas.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

1.º RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR 18 Y 20

MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas; año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 16 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

▲ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

▲ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primeros derechos

Teléfono núm. 3.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.